



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 22.

JUEVES 30 DE JULIO DE 1863.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 30 rs.

SUMARIO.

LOS DOS OCEANOS, (Conclusion), por A. de Humboldt.—EL CASTILLO DE BILBAO, por Antonio de Trueba.—LAS MUJERES EN PARÍS.—LAS FESTIVIDADES DE PEPE PATILLAS, por el Curioso Madrileño.—JUANA DE ARCO.—EL DUQUE DE HAMILTON.—LA ESPEDICION VERANIEGA, Romance, por Enrique del Castillo y Alba.—CUENTOS MORALES, Bellina ó la cura feliz, por Madama de Gentis.—EL CAZOLAZO, fábula, por Miguel Agustín Príncipe.—LA LAGRIMA Y LA SONRISA, por Lord Byron.—SERENATA, por Enrique Heine.—CANTARES.—PENSAMIENTOS.

LOS DOS OCEANOS.

(CONCLUSION.)

Hemos dicho antes que las corrientes oceánicas dependen del concurso cuasi simultáneo de un gran número de causas mas ó menos importantes, entre las cuales debemos mencionar: la propagacion sucesiva de la marea en su movimiento alrededor del globo; la fuerza y duracion de los vientos reinantes; las variaciones que experimenta el peso específico de las aguas del mar, segun la latitud, profundidad, temperatura y grado de salobridad; las variaciones horarias de la presión atmosférica, que como las mareas, se propagan del Este al Oeste, etc. El espectáculo que presentan las corrientes en medio de los mares, tiene sobre su singular aspecto un grande interés. Lo que mas cautiva la atención del observador, son las inmensas masas de agua de mayor ó menor anchura, que á manera de otros tantos caudalosos rios con sus correspondientes márgenes, formadas por las aguas tranquilas, atraviesan el Océano. El contraste que resulta entre la inmovilidad de las unas con la velocidad de las otras, se hace tanto mas sensible, en cuanto frecuentemente estas últimas arrastran largas capas de ovas. Corrientes análogas se observan algunas veces en la atmósfera, durante las tempestades, las cuales arrancan, tronchan ó destrozan cuanto hallan en la zona mas ó menos angosta que recorren.

La corriente llamada ecuatorial, ó corriente de rotacion, es el movimiento general que im-

pele de Oriente á Occidente las aguas de los mares, y que producen entre los trópicos los vientos alisios y la marcha progresiva de las mareas; su direccion varia segun la resistencia que le oponen las costas occidentales de los continentes. DuRoi calculó la velocidad de esta corriente en cerca de tres leguas y media (1) cada dia, resultado á muy corta diferencia igual al que nos dieron nuestras propias observaciones. Cristóbal Colon reconoció tambien la existencia de esta corriente en su tercer viaje. «Tengo por seguro, se lee en su diario, que las aguas van con los cielos», esto es, que se mueven de Oriente á Occidente conforme al movimiento diurno del sol y de todos los astros.

Las corrientes marítimas son de dos especies: unas que llevan las aguas de temperatura elevada á las altas latitudes y otras que devuelven las aguas de baja temperatura ó frias, al ecuador. Corresponde á la primera clase la famosa corriente del Océano Atlántico, llamada por los ingleses Gulf-Stream, reconocida ya desde el siglo XIV. Independientemente del transporte continuo de aguas tibias hácia el Norte, esta corriente, cuyo origen debe hallarse en el Sur del cabo de Buena-Esperanza, parece recorrer en dos años y medio una longitud de dos á tres millas. Despues de haber penetrado en el mar de las Antillas, atraviesa el golfo de Méjico, remonta en toda su estension las costas de los Estados-Unidos hasta el banco de Terranova, y desde allí vuelve hácia las islas Canarias (2), en donde se bifurca, costeano en parte el Africa hasta las inmediaciones del ecuador, desde donde

(1) Legua de veinte mil pies españoles.

(2) Los obstáculos que presentan las islas, las costas de los continentes, y sobre todo el banco de Terranova, pueden modificar notablemente y hacer desviar ó dividir las corrientes, ó trocarias en remolinos como el que se observa en las inmediaciones de las islas Canarias, y en el cual la acumulacion de algas flotan es que observaron los primeros navegantes españoles y portugueses, hizo que diesen á aquellos sitios el nombre de mar de las sargas.

vuelve á dirigirse á su punto de partida con el auxilio de los vientos alisios. Al propio tiempo otra parte de esta corriente créese refluye hácia las costas de Europa, en direccion al Norte, azotando las costas de Irlanda, de las Hébridas y de la Noruega, y recalentando las aguas del mar, ejerce su benéfico influjo hasta en el clima del promontorio septentrional de la Escandinavia y Spitzberg.

Esta vasta corriente no solo arrastra al través del Océano los moluscos y zoófitos flotantes ó nadadores (1), sino tambien muchos otros animales naturalmente adheridos á las algas flotantes ó navegando con el apoyo de estas plantas marinas á manera de almadías. Algunos brazos de esta gran corriente, ó bien corrientes particulares, trasportando millares de millares de pequeños zoófitos ó moluscos, son otras tantas rutas trazadas por la Providencia desde el origen del mundo á las innumerables legiones de peces viajeros, á esos peces que se ven cada año recorrer un mismo ó inmenso circuito, ya sea en el Océano, ya en el Mediterráneo, sin que les falte jamás el alimento, cualquiera que sea su número. A causa de los pequeños animales de que están pobladas, muchas veces las corrientes parciales se distinguen por su color verde ó mas blanco en medio de la vasta estension de los mares, como un rio en el centro de una inmensa llanura.

En los primeros años de este siglo reconocimos en el mar del Sur otra corriente de baja temperatura, que influye de una manera notable en el clima del litoral. Esta corriente lleva hácia las costas de Chile las aguas frias de las elevadas latitudes australes, se extiende por dichas costas y las del Perú, dirigiéndose primero del Sur al Norte, despues del Sud-sudeste al Nor-noroeste, y finalmente se aleja de la costa, tomando la direccion del Este al

(1) *Fucus natans*, una de las mas abundantes entre las plantas sociales del Océano, llamada por Oviedo praderías de yerba; la *mimosa scandens*; la *guilandina bonduc*, *dolichos urens*, etc.

Oeste. Hasta ahora se ignora la profundidad del mar en que cesa el movimiento de las corrientes oceánicas; pero es de creer que se extiende hasta las capas mas hondas, vistos los resultados de las pruebas practicadas en mares muy profundos.

Merced al descubrimiento del gran Franklin, por medio del termómetro, se puede reconocer la presencia de un bajo ó de un banco de arena situado fuera de las corrientes. Señalando el decrecimiento de temperatura del agua que le cubre, se convierte en una verdadera son 'a disminuyendo los peligros de la navegación. En nuestro concepto, proviene semejante fenómeno de que las aguas profundas, arrastradas por el movimiento general de los mares, suben las pendientes que rodean á los bajos, y se mezclan con las capas mas superficiales del agua. Sir Humphry Davy (1) explica el mismo fenómeno, diciendo que las moléculas de agua que por irradiación se enfrían durante la noche, descienden al fondo del mar; mas como encima de un bajo estas moléculas aunque desciendan, quedan muchísimo mas cerca de la superficie, de ahí resulta el que la temperatura no sufra el decrecimiento que se nota en los grandes fondos. Otro indicio de los bajos son las nieblas que se forman encima de ellos, por cuanto el agua en estado de baja temperatura que los cubre, determina una precipitación local de los vapores esparcidos por la atmósfera. Algunas veces estas nieblas, vistas de lejos, reproducen exactamente la forma de los escollos, parecidas á unos espejos aéreos, mostrando los accidentes del suelo submarino. Es muy frecuente ver en alta mar, lejos de las costas, sobre todo en los días despejados, las nubes suspendidas sobre los sitios donde existen los bajos, no arrastrándose como las nieblas, sino elevadas en las altas regiones de la atmósfera, y en semejantes casos puede determinarse con el auxilio de la brújula la dirección de aquellos escollos ocultos, como si fuese una cadena de montañas que estuviese visible.

Si bien la superficie del Océano, es mucho menos variada que la de los continentes, contiene, no obstante, en su seno tal exuberancia de vida, que escede á la que vemos en las demás regiones del globo. Observa con mucha razón Carlos Darwin, que nuestros bosques terrestres, de mucho no contienen tantos seres vivientes, como los que pueblan los bosques del Océano; porque tambien tiene el mar sus bosques, formados por las gigantescas yerbas que crecen en los bajos ó por los flotantes bancos de fuca, arrancados y arrastrados por las corrientes y las olas. Pero crece el asombro que causa la multitud de seres orgánicos que existen en el Océano, cuando se hace uso del microscopio, porque se ve entonces que por do quiera existe la vida y movimiento. A mayores profundidades que la altura de los mas encumbrados montes de la tierra, se hallan pobladas las capas de agua, por multitud de polígástricos, cilicidias y ofridinas, por los animalillos fosforescentes, los mammarios del orden de los acalefos, los crustáceos, los peridinos y las nereidas, los cuales, á causa de ciertos influjos meteorológicos, son atraídos á veces á la superficie de las aguas, y tanto su materia animalizada como el líquido jugoso que de su rápida descomposición resulta, sirve de abundante alimento á otros seres mucho mayores, que tambien se anidan en los inmensos espacios oceánicos.

Pero lo que mas admira, lo que causa mas profunda emoción en el ánimo del navegante, es la inmensidad del cuadro que se despliega á su vista. El hombre de corazón, aquel cuya alma se deleita en la contemplación de lo creado, no puede menos de sentirse lleno de la sublime idea de lo infinito, al aspecto del Océano, apartado de sus orillas, creyendo ver unidos allá en el remoto horizonte, y en va-

goso contorno, cielo y agua, por donde los astros ascienden y descienden alternativamente. Es innegable además que el mar ejerce un influjo benéfico y saludable en la moralidad y en los progresos intelectuales de un gran número de pueblos, estrechando y multiplicando los vínculos que un dia mas ó menos remoto deberán unir en una sola comunidad á todos los hombres. Al mar debemos tambien el conocimiento que tenemos de la superficie de nuestro planeta, los notables progresos que se han hecho en astronomía y en las ciencias físicas y matemáticas. No solo los pueblos que moran en las orillas de los mares, sino tambien los habitantes en las regiones céntricas de la tierra, se aprovechan del benéfico influjo que ejerce en toda la comunicación marítima. Desde que Cristóbal Colon libertó al Océano de sus cadenas (1), el hombre ha podido penetrar libre de todo lazo, en las regiones que antes le eran desconocidas.

A. DE HUMBOLDT.

EL CASTILLO DE BILBAO (2).

Sigamos Ibaizábal abajo.

En la orilla derecha del rio, al pasar ese puente que desde tiempo inmemorial enlaza ambas orillas, sobre unas rocas calcáreas que dominan el puente y puede decirse que tambien el puerto, se alzaba hasta 1333 una antigua fortaleza que llevaba el nombre de castillo de Bilbao.

Con la memoria de aquel castillo está enlazada la de uno de los hechos mas notables del señorío de Vizcaya.

A mediados del siglo XIII, era segun unos, XIV, y segun otros XV, señor de Vizcaya don Diego Lopez de Haro, y estaba casado con doña Constanza, hermana de don Gaston, vizconde de Bearne.

Era don Diego valeroso y de mucho consejo, como lo experimentó el santo rey don Fernando, su primo, en la conquista de Niebla, de Mula, de Sevilla y otras.

Fue alférez mayor en la conquista de Sevilla y llevó la delantera con sus valerosos vizcainos haciendo prodigios de valor en la puerta de la Macarena, donde puso su campo, y dentro de las naves vizcainas en el Guadalquivir, donde echó á fondo muchas enemigas, aunque salió mal herido en la cabeza. Por sus hazañas en Sevilla fue heredado en aquella ciudad, donde una calle poblada despues de la conquista recibió el nombre que conserva aun de calle de Vizcainos.

Pero su orgullo y su carácter áspero y fogoso se avenían mal con la noble altivez y el amor á la libertad de los vizcainos, por lo cual estos y su señor tenían frecuentes disputas, obstinándose don Diego en cercenar las libertades á Vizcaya, y los vizcainos en mantenerlas incócutas.

Llegó una ocasion en que don Diego trató de establecer ciertas alcabalas sobre los mantenimientos que se vendían en su señorío, y los vizcainos protestaron contra tal novedad, que se oponía á sus antiquísimas y venerandas libertades.

A son de bocinas tañidas por los sayones, se juntaron so el árbol de Guernica 10,000 vizcainos, la flor de los caballeros, escuderos é hijos-dalgo de la tierra llana, villas, ciudades, Encartaciones y Duranguesado, y rogaron á su señor que les guardase sin mengua alguna las libertades y franquezas que gozaban desde tiempo inmemorial.

Don Diego se mantuvo firme en su resolución, y entonces los vizcainos acordaron es-

(1) En una vision que tuvo hallándose enfermo á orillas del rio de Belem, el afortunado navegante, oyó una voz misteriosa que le decía: «Maravillosamente Dios hizo sonar tu nombre en la tierra; de los atamienos de la mar Océana, que estaban cerrados con cadenas tan fuertes, te dió las llaves.» Así lo refiere Colon en su carta al rey de España, fechada el 7 de julio de 1505.

(2) De un precioso libro de recuerdos y descripciones del suelo vizcaino que está imprimiendo el dulce y tiernísimo poeta, archivero hoy del señorío, don Antonio de Trueba.

patriarse buscando tierras francas donde poblar, con cuyo designio se dirigieron al puerto de Lequeitio para embarcarse allí.

Y cuentan las tradiciones, que desde las cumbres del Cosnoaga y el Ereñozar, que como eternas atalayas velan por el santo árbol de las libertades vizcainas, gritaban con los ojos enjutos y el corazón indignado, las mujeres y los hijos de aquellos nobles patricios:

—¡Atravesad los mares y fecundad tierras libres con vuestro sudor, que tierras tiranizadas no mere en mas riesgo que el de nuestras tórridas lágrimas!

Doña Constanza, inducida por su marido, corrió al alcance de los vizcainos, y con lágrimas en los ojos les suplicó que no desamparasen la tierra, y les prometió que don Diego les guardaría sus fueros.

Los vizcainos, movidos por esta promesa y por las lágrimas y súplicas de aquella señora, tornaron a sus hogares; pero don Diego Lopez de Haro, en quien el orgullo podía mas que la razón, se negó á cumplir la palabra que su mujer habia dado en su nombre á los vizcainos.

Heridos ya estos en su noble altivez, y considerando que la falacia de su señor les autorizaba á dar al olvido las altas prendas de aquel y á exigir con la fuerza lo que antes habian solicitado con la humildad, tomaron las armas, y don Diego hubo de refugiarse en el castillo de Bilbao.

El castillo no era tan fuerte ni la gente que lo defendía tan numerosa, que los vizcainos no hubiesen podido espugnarle muy en breve; pero los vizcainos no podían dar completamente al olvido la gloria que mas de una vez habian alcanzado acaudillados por su señor, y se limitaron á tener á éste cercado hasta que les otorgase lo que con sobrada razón le pedían.

A los tres meses de cerco don Diego capituló, comprometiéndose solemnemente á guardar siempre los fueros, buenos usos y costumbres de Vizcaya.

Sobre cincuenta años el antiguo castillo de Bilbao continuaba sobre las mismas rocas diciendo para su colete de agrietadas y negras murallas:

—¿Qué demonio de trágica anda en esta llanura de mi mano derecha que antes estaba tan callada y desierta, y ahora no se oyen en ella mas que martillazos de canteros y carpinteros, y no se ven mas que casas nuevas que de un dia para otro van apareciendo en correcta formación?

El pobre se temió que los que tanto ruido hacían cerca de él reparasen en que era viejo, achacosos y feo, y le quitasen del medio para que no hiciera sombra á la nueva población; pero por entonces sus temores no se realizaron.

Cosa de treinta y cinco años despues vinieron á asaltarle, no gentes de armas como las que le habian asaltado muchas veces, sino nuevos temores de que no se le permitiese seguir por mas tiempo acurrucado en su roca.

Un dia empezaron á repicar las campanas, á adornarse ventanas y balcones con ricos paños, y á poblar el aire las músicas y los gritos de alegría.

—Estos bilbainos son lo mas loco que yo me he echado á la cara, murmuró el pobre viejo, que no entendía jota de aquella algazara; pero no tardó en saber lo que la movía, pues vió que pasaba el puente en medio de las aclamaciones de la multitud nada menos que el rey de Castilla don Alfonso XI.

Hace dias que el rey permanecía en Bilbao contentísimo con los obsequios que lo prodigaban los bilbainos, y el castillo creía que nadie se acordaba de él para malo ni para bueno; pero al bueno de don Alfonso le ocurrió para mostrar agradecimiento á la villa, construir un alcázar en la misma, y el castillo, cuando menos lo esperaba, se vió acometido por una turba de demolidores que le demolieron, y transformándose en edificadores le convirtieron en alcázar.

(1) Célebre profesor de química del Instituto real de Londres. Sus numerosos é interesantes experimentos apresuraron el progreso de esta ciencia, que estaba todavía en su cuna. Murió en 1829.

Remozado y con este pomposo título estaba en sus glorias el huésped de las peñas de la huerta de Iberi, porque es de saber que entre el alcázar y la torre de Leguizamón que estaba en la esquina de la *Cal-Somera*, había una puerta de aquel nombre, cuya defensa se encargó al alcázar.

Lo malo era que el alcázar no era alcázar ni castillo, porque cuando aun no estaban terminadas sus obras interiores á don Alfonso le salieron negocios que le importaban mas que el alcázar de Bilbao, y este quedó en el estado de caseron muy bueno para guarida de ratones, que eran los únicos huéspedes que le habitaban.

El único servicio que el alcázar solía prestar á la villa era el de atalaya. Sirviendo este modesto empleo, fue teatro de un trágico suceso que le dió alguna celebridad.

Un caballero bilbaíno, cuyo nombre calla la tradicion, y hace bien de callarle, para que la posteridad no le maldiga, pretendía inútilmente á la mujer de un pescador.

Desesperanzado de alcanzar por la persuasión los favores de la honrada jóven, apeló para alcanzarlos á la fuerza; pues apoderándose de ella una noche, la condujo al alcázar donde la tuvo encerrada algunos días, confiando en vencer su resistencia.

Una noche, viendo que la mujer del pescador perseveraba en sus repulsas, acudió á nuevas violencias; pero la heroica víctima prefiriendo morir á faltar á la castidad, se arrojó por una ventana de la estancia que le servía de prision, y se hizo pedazos en esas peñas que contemplamos con indiferencia al pie de la iglesia de San Anton.

La poesia no ha tenido cánticos para la Lucrecia bilbaína cuyo sacrificio solo hemos visto mencionado en un papel antiquísimo que por casualidad ha llegado á nuestras manos. ¡Que la fe cristiana tenga para ella oraciones!

A principios del siglo XV la fortaleza que, castillo primero y luego alcázar en el nombre pero castillo en realidad, había visto pasar por delante de sí siglos y siglos, pagó muy cara la categoría regia con que se había engalanado: el alcázar de Bilbao desapareció en gran parte consumido por el fuego del cielo que quiso sin duda purificar aquel sitio de los impuros pensamientos que en él se habian agitado, y de la pura sangre que se habia derramado en él.

Algunos años despues acabósele de apejar, rebajáronse las rocas en que la fortaleza habia tenido permanente asiento, y se edificó sobre ellas la iglesia que hoy las ocupa, y en la que se cantó misa por primera vez el lunes 5 de agosto de 1433.

ANTONIO DE TRUEBA.

LAS MUJERES EN PARIS.

Una de las antiguas máximas de los hombres que hasta ahora han representado la historia, la filosofía y la alta poesia, es que la naturaleza de la mujer se reduce en todos los pueblos á algunos hechos de moral experimental.

Los hombres tienen la costumbre de decir: «Las mujeres quieren ser amadas;» pero las mujeres, en todos tiempos, han protestado contra esta opinion parcial. Asimismo añaden que ningún hombre ha penetrado, hasta ahora, el secreto de su naturaleza; que jamás mujer ninguna ha sido completamente comprendida por un hombre. La historia de las mujeres, segun ellos, se reduce á la historia de la mujer á quien no han dejado nunca hablar, y á quien jamás han escuchado.

En efecto, creen agrandar á las mujeres y hacerles justicia al presentarlas como la personificación de la gracia, de la resignacion y del sacrificio; pero las mujeres ilustradas y las actrices nos prueban continuamente tal error, y se burlan con desprecio de su generosa ignorancia.

Basta solo ver la influencia que la forma política del Estado ha ejercido sobre la mujer,

en París, para convencerse de que la parisiense no es lo que cree un vano pueblo de escritores.

La república de 1848 ha cambiado completamente el carácter de las parisienses.

Por naturaleza, la francesa es totalmente diferente de la alemana. Nos figuramos á la francesa apasionada, ardiente, devorada por el amor... Me detengo un momento. He dicho que la república habia cambiado el carácter de la parisiense, y no me atrevo á decir si en bien ó en mal. Estoy tratando una materia escabrosa y me atemorizo; tal vez he dicho mas de lo que debía; pero ya que me lancé, acabemos lo bien ó mal empezado.

Para que las mujeres sean modestas, es preciso que se hallen delante de grandes hombres, á lo menos delante de hombres de carácter. Los hombres de hoy día tienen talento, sabiduría, si se quiere; pero no son terribles ni grandes: no es que yo niegue tal ó cual grande accion debida á la casualidad; tampoco nos faltan tragedias; pero, en general, el hombre no tiene ya la ambicion de una vida heroica, de una vida de grandes acciones. Se trabaja mucho, pero para mantener cada cual su familia; esponen á veces su vida, pero es para adelantar; se escribe para teatro, pero con el objeto de ganar mucho dinero. ¿A qué lanzarse al abismo del ideal, como un Curcio, ó irse á las puertas de la *Cité* á descifrar solo sobre la piedra de la pobreza los enigmas de la esfinge?

Así, pues, cuando la mujer ve que el hombre se humilla ante una cosa que la incomoda, no le dice nada para escitarlo; al contrario, le acaricia y le dice: «Has hecho bien, querido; antes de todo, la familia, tu mujer y tus hijos; no debes esponerte nunca; pero...» Hay un pero mental que jamás pronuncia.

Una mujer cuyo marido se llama Arnaldo de Winkelried, y una mujer que durante los sucesos de junio ha tenido oculto su esposo pueden ser las dos apreciables; pero su posición varia á vista de los hombres. La primera será modesta, la segunda audaz. Cuando las mujeres no se ven obligadas á rogar á los hombres que las lleven consigo en el carro de triunfo de sus acciones, se vuelven impertinentes, y ya no tienen ningún deseo de agradarles. Las mujeres sencillas, en París, no se hallan mas que en las piezas de teatro y en los poemas; las demás, las mujeres de sociedad, tienen el aire de imperiosas deidades.

¡Ah! ahora me apercibo que he dicho mi modo de pensar, y muy mal me juzgarán. No importa.

En general, la francesa no es esa mujer dulce, dócil y que se deja dirigir fácilmente, como creen en Alemania. Las adulaciones de cinco siglos la han echado á perder en gran manera. Hace ya tiempo que la francesa, orgullosa de su valor personal, desconoce la modestia; es siempre atenta, pero fría, si no es maliciosa. De algunos años á esta parte parece que desprecia el mundo masculino, que lo desafía, y además es cada vez mas virtuosa. Sí, lo repito, el vicio en París va disminuyendo, las buenas costumbres vuelven á ser, la mujer á su virtud, no precisamente por principios, por amor al ideal, sino por orgullo personal, por desprecio al hombre. La francesa no ha'la ya ningún hombre por el cual se digna perder su reputacion.

La parisiense de hoy día es completamente escéptica. Al lado de cada flor de su amabilidad se encuentra una amenaza á manera de puñal, sobre el cual se lee: *Con tal que, si... si no, no*. Eso quiere decir: «Caballero, la tradicion, la costumbre, quiero que la misión de la mujer sea amar; me someto á mi suerte con calma y despues de una madura reflexion; ¡pero desgraciado de aquel que quisiera usar de un corazon de mujer como de un par de guantes, ó que se atreviese á hacer de él el motivo de un experimento fisico y psicológico!» ¡Ya no mas romanticismo! ¿una francesa no será jamás la griseldis alemana?

Han reprochado á mademoiselle Rachel el

no ser romántica en su arte. ¡Naturalmente! ¡era francesa, era parisiense! Miradla: ¡qué espresion tenian sus ojos, cómo cerraba los dientes, con qué movimiento tan rápido, tan violento sacaba del cinto su puñal! Cada carcajada suya era una puñalada; cada fruncimiento de sus cejas era una tormenta; hasta el carmin de sus labios parece que brillaba al través de un hielo de la Siberia.

¡Mujeres alemanas, lectoras de Amarante, de Acha'fenbourg, de Bokenheim, de Futzlar, de Schoppestad, de Laudsher, cuando vuestro padre, vuestro hermano ó vuestro marido, con su botella de vino ó su *seidel* de cerveza al lado, devora todas las noches los tiranos de Europa y de Asia, ó cuando al entrar en vuestra casa veis pintados en su semblante los rasgos de Tilly ó de Wallenstein, temblad! Bien sabéis que ese Bruto, ese héroe, será el hombre mas desgraciado y humillado por una reprension que reciba del jefe de su escritorio; pero tambien sabéis que no sufrirá la menor veleidad de su oposicion en su interior. Los poetas os demuestran, con razon, como modelos de hermanas, de hijas y de esposas, con vuestros largos y hermosos rizos de rubios y sedosos cabellos, con la dulce sumision pintada en vuestros rostros. Aunque quisiérais ser de otro modo que el que sois, no podríais; sabéis que habeis nacido para el sufrimiento y el rendimiento; solo el poeta sabe haceros justicia; pero en cambio amais mas á los poetas que á vuestros maridos.

La francesa no se os parece en nada absolutamente. ¡Cuántas Rachel he visto en la sociedad de París! Para la francesa el romanticismo no es mas que antiguos resabios literarios.

En París todo se hace por contrata, empezando por el amor: «Si tú haces tal cosa, yo haré tal otra.» Antes hablé de la *Dama de las Camelias*. Pues bien, en medio de una escena donde acaba de pagar las deudas de su amante, le castiga su romanticismo. El jóven se ha atrevido á demostrar desconfianza. — «¡Ah! esclama ella, poco mas ó menos, ¡dudas de mí! mira la puerta, ¡vete! Yo, soy yo. Amo á quien quiero y no al que no quiero. Adios, diviértete. La duda es la tumba del amor.»

Y cuando Arturo ó Armando, el cobarde, ruega, suplica, se lamenta, gime y pide volver á la gracia perdida, el público aplaude con todas sus fuerzas.

Despues de la guerra de Oriente, las mujeres son algo más modestas. Se ven en París jóvenes ricas y de buena familia casarse con simples oficiales y decidirse á viajar de Grenoble á Strasburgo y de Strasburgo á Bayona. Pero no es mas que una diversion. Nuestro siglo no es mas que un siglo de paz y de cálculo. El arte y la literatura en Francia están completamente desnudos del ideal poético; ya no existe la sencillez. La mujer ya no es en ninguna parte la alegre hija de la naturaleza, graciosa y risueña, contentándose solo con ser admirada, con ser buena, con ser mujer.

¿Dónde se halla en este momento un poeta que idealice el corazon femenino, glorificándolo en su dulce sencillez? Los grandes poetas Hugo y Lamartine se hacen viejos, y sus lirás están desentonadas. La musa de Balzac les ha seguido en la tumba. Jo ge Sand escribe sin efecto.

Cualquiera que desee en París hablar al público por medio de la escena, está obligado á cortar las alas á su imaginacion y á abandonarse á comunes sentimientos.

La escena exige ó la moral anecdótica ó acciones equívocas. La sencillez, la originalidad, no son tan siquiera comprendidas en París. La critica ha perdido su interés. Novelas con mujeres nerviosas y sin interés, sin ideal, sin amor, sin razon y sin poesia, bajo pretexto de realismo, son alabadas y ensalzadas como obras maestras. ¡Cómo si el cieno fuese cosa nueva, aun cuando lo presenten cubierto de oro!

En ninguna parte ni una eflorescencia de idea ni un rayo de verdadera belleza, de ver-

dadera grandeza! Cálculo, combinacion, éxito del momento, adulacion, y el miedo sobresale por todas partes: ¡eso es lo que yo he hallado en París! Un mundo color de ceniza y una literatura de falsedad y de temor disimulado. Toda ilusion poética es declarada como locura de primer orden. Todo ideal es disipado por asalto por lo que generalmente llaman la burla de los necios. Las parisienses de hoy día son

indiferentes á todo, escepto á los artículos de moda. Los hombres están de baja; pero los agentes de cambio están en alza y el lujo es espantoso.

LAS FESTIVIDADES DE PEPE PATILLAS.

Este artículo se escribe bajo la desagradable impresion que acaba de producirme la res-

puesta dada por mi zapatero á un recado de atencion y por la cual me anuncia que unas botas que le encargué hará cinco meses para la semana próxima, no podrán estar corrientes hasta la semana que no traiga jueves.

Pepe Patillas, honrado menestral como se decia hace un siglo, artesano como se dijo despues ó artista como se dice ahora y aun ciudadano laborioso y aplicado, que paga su



Entrada de Juana de Arco en Orleans.

contribucion directa y todas las indirectas del padre Cobos, es aquel á quien mis pecados me destinaron para penitencia y á quien debo tres uñeros, cinco callos, dos juanetes y un ojo de gallo, gracias á su bendita profesion de obra prima y á la estuita moda que tantas calamidades nos acarrea.

Pepe Patillas no pega á su mujer mas que una vez á la semana, el sábado cuando se emborracha. Esto tiene á su costilla loca de alegría, pues se compara con otras compañeras maestras como ella, que reciben palizas diarias ó nocturnas. Además, segun ella dice, las mas de las veces se tiene la culpa, porque apenas ve á su marido un poco calamocano, le dirige los piropos de borrachon, pícaro y mal hombre, y esto último sobre todo, es para alterar la bilis de cualquiera, cuanto mas de

su pariente, que por lo demás es manso como un cordero.

Pepe Patillas no sabe leer ni escribir, lo que no quita para que los zapatos que hace hagan ver las estrellas á los infelices que se los ponen. Cuando reflexiona sobre su ignorancia, se queja de ella amargamente, pues dice que si supiera de pluma, otro gallo le cantara, y culpa á sus padres que no le molieron á palos cada vez que no se sabia la leccion y al maestro de escuela que no se interesaba por él porque era de diputacion; esto es, porque no pagaba. Con presencia de estos antecedentes y en prueba de escarmiento, manda sus hijos á la escuela pía; pero maldito si se cuida de si los muchachos hacen novillos ó no. El mayor, que ya tiene siete años, ayuda á su padre á cortar barretas, y el mas pequeño cui-

da de que el engrudo y cerote no se apolillen.

Pepe Patillas es andaluz, y dicho se está que es aficionado á ser padrino en bodas y bautizos. Cuenta los compadres y comadres por el número de sus conocimientos, y como es muy campechano, jamás tiene un duro suyo; conforme sabe ganarlo sabe gastarlo, y cuanto tiene es de todos menos de su mujer que anda descalza para no dejar mal aquello de que en casa del herrero cuchillo de palo.

El maestro le quiere mucho, como que varias veces le ha dado pruebas de distincion y aprecio. En una ocasion le hizo la particular de confiarle con toda recomendacion un par de botas para un general de endiablado genio, á quien los zapateros de Madrid hicieron sufrir mas que veinte balazos que en su cuerpo tenia. Y Pepe Patillas correspondió tan bien á

aquella atención, que el general, por la primera vez en toda su vida, se calzó las botas sin arrojar un juramento. Es verdad que el maestro alguna que otra vez se ha cargado y le ha amenazado con la licencia absoluta; pero Pepe Patillas lo atribuye á un arranque pasajero de mal humor, pues eso sí, sabe su obligación, y cuando quiere trabaja y sabe trabajar, lo peor es que quiere pocas veces.

Pepe Patillas es sumamente aficionado á divertirse, considerando buenas para ello todas las cuatro estaciones del año. Puesto que es español y es católico, guarda el domingo, pero también guarda el lunes, y esto no sé á qué rito ó religion pertenece; pero sí sé, como sabemos todos, que en lunes se verifican las lides taurómacas en las afueras de la puerta de Alcalá.

Las corridas de toros, al decir de los aficionados, si no son en lunes, no tienen salero. Yo creo, con perdon de Pepe Patillas y los suyos, que debían ser exclusivamente en domingo, ya que es fuerza que sean, pues lo mejor sería que no fuesen y así no habría dos festividades seguidas cada semana para una gran parte del pueblo madrileño, para aquella que si quiere comer tiene que trabajar.—Cuentan las crónicas que se dispuso fuesen en lunes, porque los teatros, que daban funciones por las tardes en los días festivos, no sufriesen en sus intereses por falta de concurrencia. No sé si esto es verdad, aunque si se me antoja que tuvimos gobiernos tan paternales que creían conveniente á su seguridad fomentar la tradicional holgazanería de sus administrados. Admitiendo la razón que se alega, todavía



El duque de Hamilton.

no es convincente hoy día, pues hay gente de sobra para todas partes. Tanto valdría mandar cerrar la mitad de las zapaterías para favorecer la venta de la otra mitad.

Hé aquí la distribución que Pepe Patillas hace de los trescientos y tantos días que tiene el año, desde que está en Madrid que ya va para catorce y pico.

Desde luego los cincuenta y dos domingos, que por sí solos constituyen la séptima parte del total, quedan destinados al descanso como es muy justo.

El día de Año Nuevo, los de Reyes y San Ildefonso son fiestas de guardar, y de la misma

manera la Candelaria, la Asunción, las Pascuas de Resurrección y Pentecostés, Ascension, el Corpus, Natividad de la Virgen, Concepción y otras que no recuerdo, descansan las hormas, el cerote y el tirapié.

El día de San Antón á beber vino en la calle de Hortaleza, á comer los panecillos del Santo, y á ver los animales de cuatro patas montados por otros que aunque solo tienen dos, bien pudieran también tener otras cuatro.

Los días de San Blas y el Santo Ángel de la Guarda al cerrillo de San Blas, inmediato á la que fue puerta de Atocha, donde se establecen puestos ambulantes con legítimo Valdepeñas.

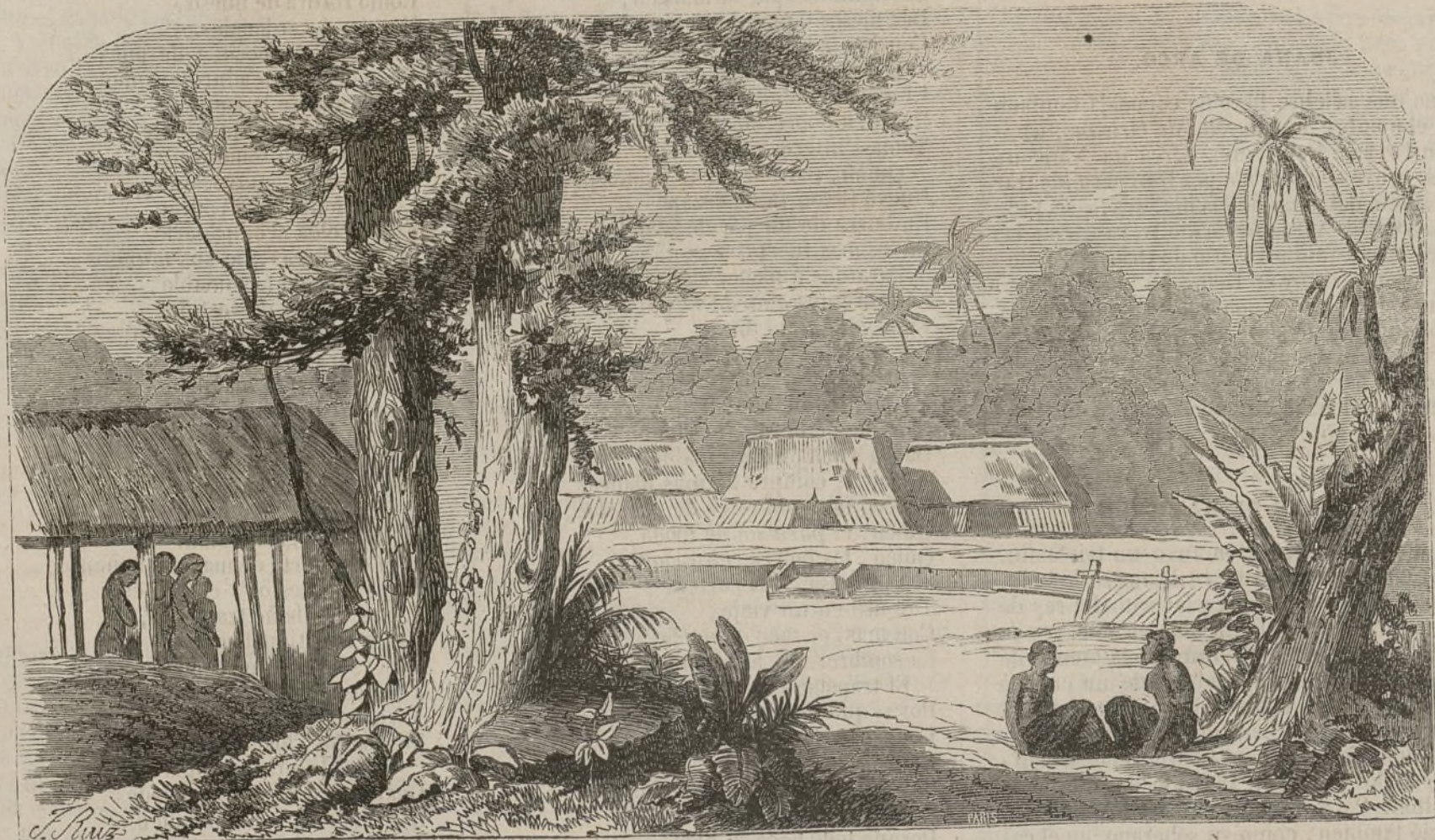
Los tres días de Carnaval á ver las máscaras y echar un trago, y el miércoles de ceniza á la pradera del ex-canal á echar otros varios para poder atravesar la sardina.

Jueves Santo á visitar las estaciones de Baco, y al día siguiente muy de madrugada á la Cara de Dios, donde se ayuna co-

miendo y bebiendo á todo pasto, pese á cuantos bandos publica la autoridad.

La Cruz de Mayo, baile de candel en casa de una comadre que ha puesto la cruz adornada de colchas, y cintarajos, y donde la bota se llena después de vacía y vice-versa hasta el infinito.

El día de San Isidro, no es cosa de faltar á la célebre romería que pone en movimiento á todos los madrileños. Pepe Patillas aprovecha la ocasión de que el vino que se vende junto á la ermita del Santo no ha pagado derechos de consumos, porque cuando entra por las puertas de Madrid es envasado en los estómagos,



Cementerio en las islas Tonga.

y el ojo avizor del físico no ha previsto este caso, en que es completamente chasqueado. Lar verbenas de San Antonio, el Cármén, San Juan, San Pedro, Santiago y San Francisco, nuevas ocasiones de echar una cana fuera.

Los días de San Cayetano y San Lorenzo, unos compadres habitantes de las calles de Embajadores y Lavapiés, le convidan á ver la procesion como digestivo de una comilona que es de rigor en tales casos.

El día de San José, como santo patrono suyo, de su mujer Pepa y de su hijo mayor Pepito, es de rigor celebrarlo en la antigua fonda de la Europa, calle de Peregrinos ó en la no menos tradicional pastelería de Botín, sita en la plazuela de Herradores desde mediados del siglo XVII.

Por San Miguel á la célebre fiesta del Cristo, que se celebra en el inmediato pueblo de Rivas, y á los novillos de Pinto y Vallecas, cuando se verifican.

Un par de días á la feria de Alcalá, ahora que merced al ferro-carril se va pronto y por poco dinero. Otro par de ellos á las de trastos viejos y polilla que se celebran por setiembre en esta villa y corte.

Día de Todos los Santos, á comer buñuelos regados con aguardiente y llorar por los difuntos, que todo puede conciliarse. Quince días despues, San Eugenio, y vamos al Pardo por bellotas.

El día de San Crispín, junta general de zapateros, discusion, funcion de Iglesia y gaudiamus.

Despues por fin de año, el turrón, la Plaza Mayor, el mazapan, la misa del gallo... qué sé yo cuántas cosas mas.

Y á todo esto, agréguese unos cuantos lunes, en que se celebran corridas de toros, y téngase presente que antes andarán descalzos todos los españoles, que Pepe Patillas falte á una corrida.

En suma, días de folgorio, la mitad del año; días de trabajo, sírvase usted restar.

Tal es Pepe Patillas.

Ahora si ustedes no le conocen, échense á la calle en cualquiera de los mencionados días, y de fijo le verán, porque Pepe Patillas tiene el don de la reproduccion, y solo en Madrid, hay mas de veinte mil madrileños que si se les pregunta su nombre responderán:

—Pepe Patillas para servir á Dios y á vuesa merced.

EL CURIOSO MADRILEÑO.

JUANA DE ARCO.

Fue una célebre heroína conocida tambien bajo el nombre de *Doncella de Orleans*, nacida en 1412 en Domremy, cerca de Vancon-leurs. Creyóse inspirada por Dios para libertar la Francia del yugo de los ingleses, y se presentó á Carlos VII, que le dió tropas, con las cuales hizo levantar el sitio de Orleans, y llevó á coronar al rey en Reims en 1429. Declaró entonces que su mision estaba cumplida, y pidió que se la dejase regresar á su pueblo; pero viéndose precisada á combatir, fue hecha prisionera por los ingleses en el sitio de Compiègne, condenada y quemada viva como bruja en Ruan, año 1431.

EL DUQUE DE HAMILTON.

El duque de Hamilton tuvo un triste fin. Murió en el cadalso el día 16 de marzo de 1649. Compañero de la infancia y favorito del rey de Inglaterra, Carlos I, fué á unirse con el rey de Suecia, Gustavo Adolfo, durante la guerra de los Treinta Años, á la cabeza de un cuerpo auxiliar inglés considerable y contribuyó á ganar la batalla de Leipzig. Llamado á Inglaterra, fue uno de los partidarios mas ardientes de Carlos I, que en 1643, le hizo duque de Hamilton. Poco despues del suplicio del rey, pereció tambien, como su soberano, en el cadalso.

LA ESPEDICION VERANIEGA.

ROMANCE.

No hay cosa que mas alegre
Como emprender un viaje,
Cuando el verano liquida
A los míseros mortales.

Los que salen por placer,
Los que tienen alifafes,
Los que se quejan de vicio,
Todos rabian por marcharse.

Y así que asoma las barbas
El mes de junio variable,
Y su *Excellencia* convierte
En *mare magnum* las calles,

Ya la gente previsora
Y que teme á pie quedarse,
Toma nota en las diversas
Compañías de carruajes,

De si hay prisa por asientos,
De su precio y cuando salen,
Si empalma con la via férrea,
Si admiten mucho equipaje.

Y provista de estos datos,
Echa sus cuentas aparte
Y decide á no dudarlo
Aquello que mas le place.

Las señoras se apresuran
A mandar á hacerse trages
Acriformes, transparentes,
Sutiles y deleznables,

Para encubrir algo el cuerpo
Y el pie, con falda que ariastre,
Pues la espalda y la pechuga
No importa que las dé el aire.

Y con *madama Foulard*
Consultan toda una tarde,
Si estará bien el sombrero
Con cintas ó con ramaje.

Los que se hallan empleados,
En sentidos memoriales
Hacen relacion al jefe
De sus crónicos achaques.

Y apoyando sus razones
En algun hijo de Hipócrates,
Que estiende el certificado
Del modo mas alarmante,

Atentamente suplican,
Y esperan de sus laudables
Sentimientos, de su amor
A la humanidad con males,

Y en méritos de lo espuesto
Se digna otorgar al márgen,
Dos meses ó mas de huelga
Con lo cual tienen bastante.

Quién, previendo en esta marcha
El mas furibundo ataque
Hacia su pobre bolsillo,
Toma á interés cantidades.

Quién, por dar gusto á su esposa,
Nuevo Colon va de escape
En busca de un par de *mundos*
De los mas fuertes y grandes.

Para que á placer caminen
Los antiguos *guarda infantes*,
Conocidos en el día
Con nombre de *miriñaques*.

Y los corsés, los vestidos,
En fin, todo el atalaje,
Con que pudieran al Orbe
Dar la vuelta interminable.

Quién, compra botinas blancas,
Quién, los sombreros de *Aimabte*,
Quién, el *para sol* de moda,
Quién, los polvos refrescantes.

Y la bolsa, y la cartera
Tan útil en un viaje,
Con mas, el saco de noche,
La sombrerera, los guantes.

El trapezio para el niño
Por si quiere desnucarse,
Los aros y la cometa,
El peon y los volantes.

Y á este tenor, bien pudiera
Referir mil cachibaches,
Porque todo hace su avío
Cuando de casa se sale.

Ya llega el día de marcha,
Y es aquello marearse
Con encargos, despedidas,
Olvidos y otros percances.

—Cuideme usted bien al gato.
—Por Dios, que no abra usted á nadie.

—Mándeme usted los periódicos
—Si hay novedad, avisarme.

Y cada cual su advertencia
A los domésticos hace,
Que escuchan por un oído
Y por el otro les sale.

Ya suben al elemento,
Colocan los mas manuales,
Y entre suspiro y sollozo,
Toman muy luego el portante.

Ora el tránsito es feliz,
Ora están para estrellarse;
Ora es lánguido y pesado,
Ora abunda en chuscos lances.

A la media legua escasa,
Los puros campestres aires,
Escitan el apetito,
Y á la merienda hay avances.

Llegan luego á las paradas
Con el polvo en el gaznate,
Y riñen con los sirvientes
Antes que puedan lavarse.

Comen lo que les presentan
Por un precio exorbitante,
Y con la mayor premura
Porque el tiempo les da alcance.

Terminado el refrigerio,
Vuelven al cajón de sastré,
A hablar mal de la comida,
A dormitar, y á empolvarse.

Y merced al movimiento
Durísimo del carruaje,
Las chatas circunferencias
Reciben sustos mortales.

Arriban por fin al punto
De su escursión, y al instante
Varios plenipotenciarios
De sitios para hospedarle,

Acometen al viajero
Y le ponderan afab'es,
Lo cómodo y lo barato,
De sus respectivos lares.

Instálase donde quiere,
O donde puede albergarse,
Y practica una revista
En sus maceradas carnes.

Convencido de que se halla
Sin deterioro notable,
Como rotura de hueso,
Heridas ó cardenales.

Se asea un poco, y de-pues
Procede á un maduro exámen
De la ropa de la cama,
Las paredes y el mueblaje.

Calculando temeroso
Por su daño equivocarse,
Los vivientes que podrán
En su celda acompañarle.

Las señoras, de sus *mundos*
Sacan el tren formidable,
Y con un par de vestidos
Ya toda la estancia invaden.

Colgarlos con las enaguas
Y demás hojas volantes,
Bien quisieran, mas no pueden
Porque no hay clavos bastantes.

El descanso apetecido
Dan á sus humanidades,
Y á la mañana siguiente
A lucir sus galas salen.

Si es puerto de mar, se bañan
Muy compuestos y elegantes,
Y mas que baño tranquilo,
Es un marítimo baile.

Si es ciudad muy populosa
Todo es aprender las calles,
Y visitar los teatros,
Los paseos, los bazares,

Y amedrantar al pagano
Cuando hablan de novedades
Las señoras, contemplando
Algunos escaparates.

Hacer, recibir visitas,

Atormentar bien el talle,
En fin, vida cortesana,
Todo molestias y afanes.

Si es sitio real, y está en él
La jornada, ya se sabe
Que allí la etiqueta va,
Donde van sus magestades.

Si es pueblo modesto, y pobre
De recursos y habitantes,
Los goces ceden su puesto
A las incomodidades.

Y si es alguna famosa
Casa de baños termales,
Todo es hablar de los *syntomas*,
Los *efectos* el *análisis*,

Tomarse el pulso á menudo
Observar vida de frailes,
Verse al espejo la lengua,
Y evitar la accion del aire.

Y al regresar á la corte,
Pocos regresan triunfantes,
A menos que el Dios Cupido
No hiciera de las que sabe.

Poniendo en dulce alianza
La belleza y los caudales,
O lograra un pretendiente
El favor de un personaje.

O un agente de negocios
Llegara á relacionarse,
O un bolsista hallara medio
De alguna jugada en grande.

Pues lo regular es verlos
Mustios, contando percances,
Contritos y arrepentidos,
Y con el bolsillo exánime

Aquel, porque su patron
Lejos de patrocinarle,
Le trató con grosería,
Aunque no lo hospedó gr. tis.

El otro, porque en su cuarto
Tuvo concierto constante
De moscones y mosquitos,
Que le obsequiaban de balde.

Aquel, porque las gallinas
Y los gallos, sus amantes,
Su grato sueño espantaban
Con las *soirées* matinales.

El otro, porque anhelando
Salir al campo á esplayarse,
Se derretía á la sombra
De algunos futuros árboles.

Aquel, porque los colchones
Eran fieros pedernales,
Y estaban mas trasquilados
Que el ganado trashumante.

Y el otro, en fin, porque enfermo,
Tuvo su mal que aguantarse,
Pues el médico y botica
Recelos llegó á inspirarle.

De modo que allá en octubre,
Es fácil, lector amable,
Que escuchés decir á algunos:
«¡Oh! ¡qué harto estoy de viajes!...

«Otro verano, yo os juro
«Cual un Júpiter Tonante,
«Que no me habeis de pillar...
«¿Lo oyes Luisa? ¿lo oyes Carmen?»

Pero luego viene junio,
Y el juramento es en balde;
Y vuelta al ferro-carril,
Y vuelta á zarandearse.

ENRIQUE DEL CASTILLO Y ALBA.

CUENTOS MORALES.

DELFINA Ó LA CURA FELIZ.

I.

Delfina, hija única y rica heredera, tenía una cara bonita, bastante talento y un corazón muy bueno. Mad. Melite, su madre, viuda hacia algún tiempo, era demasiado débil y ligera para poder dar buena educación á su hija, á quien amaba en extremo. Sin embargo, Delfina á los nueve años, tenía varios maestros; mas no aprendía nada, y solo mostraba afición al baile. Tomaba las demás lecciones con suma indolencia, y á menudo las suspen-

dia á la mitad, quejándose de que estaba cansada ó de que tenía dolor de cabeza. «No quiero contrariarla, decía sin cesar su madre, tiene una constitucion muy delicada, y demasiada aplicacion perjudicaria su salud. Por lo demás, añadía Mad. Milite con orgullo, es de creer, que aun sin poseer un talento superior, podrá hacer un buen casamiento... Por eso me parecia inútil atormentarla.»

Delfina, mimada, adulada, echada á perder de esta suerte, era la niña mas desgraciada de París. Cada día se alteraba su bondad natural, y su carácter se irritaba mas y mas. Se volvía caprichosa, vana, indócil; no podía soportar la mas leve contrariedad. Al poco tiempo ya no se contentó con dejar de obedecer, y quiso tambien mandar; daba órdenes en la casa; trataba con altivez á los criados y los reprendía á menudo. Sin embargo, algunas veces se entretenía con ellos: alternativamente d sdeñosa y familiar, confundiendo la arrogancia con la elevacion, la bajeza con la indulgencia y la bondad, acostumbrada á la adulacion, y no pudiendo pasarse sin ella; llena de fantasías, y sin tener un solo gusto verdadero; cansada de sus muñecas, de sus juguetes, y al mismo tiempo envidiosa de cuanto las demás poseían... No teniendo ningun imperio sobre sí misma, se irritaba por la cosa mas pequeña, y se enfurruñaba sin motivo. Un momento despues sentía haber sido injusta y débil; lloraba, conocía sus faltas, aunque no tenía fuerzas para corregirse. Y para mayor pena, no gozaba de muy buena salud. Como era golosa, no se nutria de buenos alimentos, sino de dulces, de bizcochos y de bombones, y continuamente le dolía el estómago. Es verdad que su madre quería llevarla el corsé escesivamente apretado, y Delfina estaba muy satisfecha de oírse citar como la niña mas esbelta y mejor formada; esta vanidad ridícula le hacia soportar sin quejarse el suplicio de ir apretada, hasta el punto de no poder respirar. Sin embargo, era delicada en extremo; rara vez se paseaba á pie, y casi nunca en invierno; temía el frio, el viento, el sol, el polvo. En fin, para no ocultaros ninguna de sus debilidades, tenía miedo de ir en coche, y se ponía mala de ver una araña ó un raton.

Lejos de fortalecerse con la edad, su salud se debilitaba de día en día; y en breve madama Melite tuvo alguna inquietud con este motivo y mandó llamar á un médico: el estado de Delfina no ofrecía peligro, mas el médico encargó que se le proporcionara mucha distraccion. Entonces Delfina tuvo toda clase de juguetes, de regalos. Todos sus deseos eran cumplidos: la llevaban al teatro, y hasta allí la acompañaban la indolencia y el fastidio que nada podía disipar. Como se le toleraban todas esas fantasías, tenía regularmente cada día diez ó doce diferentes, á medida mas raras unas que otras. Una tarde, por ejemplo, que había fiesta en Versalles, quiso que se llamara á Leonard (1) para que peinase á su muñeca. Con este motivo se le hicieron algunos cargos, mas ella furiosa, rompió su muñeca, lloró de rabia, y tuvo un ataque de nervios muy alarmante. Su carácter se echaba á perder cada vez mas: se volvía verdaderamente antipática á causa de su violencia, de su mal humor y de sus caprichos; todo la irritaba ó la desesperaba: entonces fue cuando sintió que uno sufre mas con sus propios defectos que hace sufrir á los demás.

En fin, la desgraciada Delfina, insufrible para todo el mundo, fue acometida de una especie de consuncion que hizo temer por su vida. Tenía entonces diez años. Varios médicos fueron consultados; declarando todos por fin que el estado de Delfina no ofrecía esperanzas de mejorarse.

Mad. Melite, desconsolada, recurrió al doctor Steinhausse, famoso médico alemán. Este examinó á Delfina con el mayor cuidado, es-

(1) En la época de Mme. Genlis, Leonard era el peluquero de moda, y las damas todas se lo disputaban cuando había fiesta en la corte.

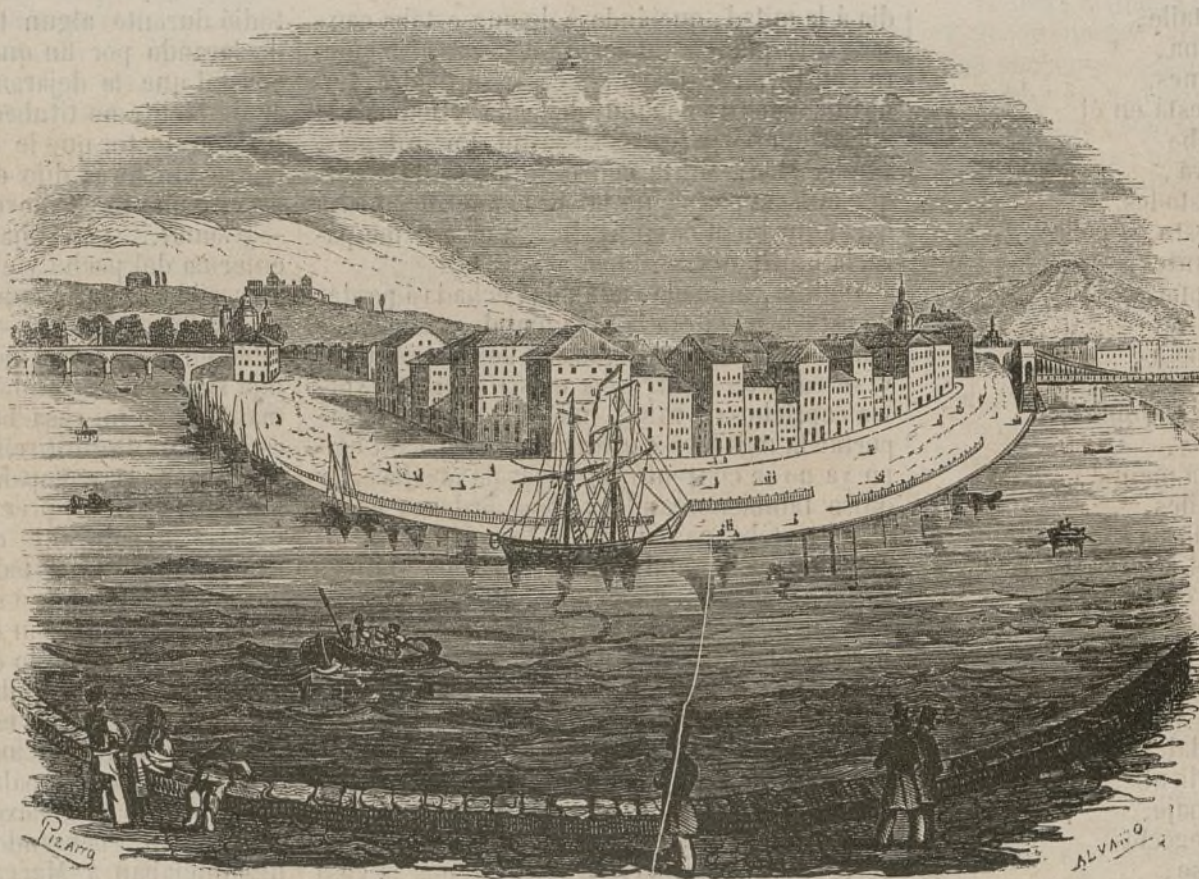
tudió durante algun tiempo su enfermedad, declarando por fin que respondía de su vida, con tal que le dejaran hacer lo que quisiera. Mad. Melite no titubeó un momento, y contestó al doctor que le confiaba con gusto á su hija. «Señora, dijo entonces el doctor, es preciso que me la lleve á mi casa de campo... —¿Cómo?... ¿Mi hija?... —Sí, señora; está enferma del pecho y el primer remedio que yo prescribiera, sería que pasara ocho meses en un establo de vacas. —Yo puedo tener un establo en casa. —No me encargaré de vuestra hija sino con la condicion de que ha de permanecer en mi casa bajo la direccion de mi esposa... —¿Permitireis al menos que su aya y su doncella la acompañen?... —No puedo consentirlo: hasta es preciso que si me confiáis á vuestra hija durante ocho meses, tomeis la resolucion de pasar todo ese tiempo sin verla, porque yo solo quiero ser el dueño absoluto de la niña y dirigirla sin que nadie me contradiga.» Mad. Melite dijo que para tan gran sacrificio no alcanzarían sus fuerzas; acusó al doctor de crueldad, de estravagancia; mas éste firme en su resolucion, se separó de ella sin conmoverse de sus palabras violentas. Sin embargo, con la reflexion se calmó en breve Mad. Melite, pensando que todos los médicos desahuciaban á Margarita, y que el doctor alemán respondía de su vida. Lo mandó llamar de nuevo. El doctor vino y Mad. Melite, vertiendo copiosas lágrimas, consintió en confiarle á su hija. Me es imposible pintaros el dolor y la ira de Delfina, cuando la dijeron que iba á partir sola con Mad. Steinhausse, esposa del doctor, que había venido á propósito para llevársela á su casa de campo.

Al pronto no se atrevieron á anunciar á Delfina que abandonaba á París por ocho meses, ni á hablarle del establo que iba á habitar; pero á pesar de este miramiento, la niña se desesperó de tal modo, que fue menester llevarla por fuerza hasta el coche de Mad. Steinhausse. Esta la cogió en sus brazos, y sentándola sobre sus rodillas, mandó al cochero que partiera, lo cual ejecutó al momento.

Su dolor era natural; sin embargo el esceso es reprehensible en todo, y la religion y la razon deben siempre resguardarnos de la desesperacion. Lo que tampoco se podía perdonar á Delfina, era su cólera, y sobre todo el desden y el desprecio con que trataba á Mad. Steinhausse: ni tan siquiera se dignaba contestarle.

Al fin, sobre las seis de la tarde, llegaron al valle de Montmorency, que dista unas cinco leguas de París, y entraron en la pequeña casa del doctor Steinhausse. ¿Os figurais, niños míos, la indignacion de la orgullosa Delfina, cuando fue conducida á la *habitacion* que le estaba destinada? —¿Dónde me llevais, gritó la niña? ¿Cómo! ¡A un establo! ¿Qué horror! ¿Qué olor tan insoportable!... Salgamos de aquí. —Señorita, le dijo con dulzura madama Steinhausse, este olor es muy sano... especialmente para vos. —¿Qué idea! ¡salgamos!... Llevadme al aposento donde he de dormir. —Ya estais en él, señorita. —¿Cómo? —¿Es este?... —Ciertamente; hé ahí vuestra cama, y hé aquí la mia, pues no me apartaré de vuestro lado. —¿Yo?... yo he de dormir aquí... en un establo, en una cama como esa... —Es un catre muy bueno. —Sin duda os burlais de mí. —No, señorita; os digo la verdad; este olor, que desgraciadamente os desagrada, es muy saludable en vuestra situacion; os devolverá la salud, por cuyo motivo, mi esposo ha resuelto que paseis en este establo gran parte del tiempo que permanezcais aquí.

Mad. Steinhausse hubiera podido hablar mas tiempo; Delfina no se hallaba en estado de interrumpirla. La desgraciada niña, sofocada por la cólera, se echó sobre la cama, sin poder proferir ni una palabra. Mad. Steinhausse notó al ver que se ponía encarnada y que su cuello se hinchaba, que iba á ahogarse. Le quitó el collar y la desabrochó: Delfina principió á respirar, y al poco tiempo lanzó horribles gritos: Mad. Steinhausse permaneció im-



Vista de Bilbao.

pasible y guardó silencio. Mas por fin, al cuarto de hora, viendo que Delfina no se calmaba, le dijo: «Señorita, me he encargado de cuidar á una niña enferma, pero no á una loca: buenas noches, volveré cuando ese acceso haya pasado...—¿Y me abandonais?...—No tal, una de mis criadas se quedará con vos...—¿Una criada!...—Sí, una muchacha excelente, muy humilde, muy cariñosa... ¡Catau!... ¡Catau!...»

(Se continuará.)

MADAMA DE GENLIS.

EL CAZOLAZO.

FÁBULA (1).

De un cazolazo á un perdido
Rompió la cabeza un charro
Quedando al golpe el cacharro
en mil trozos dividido.
—«¡Me alegro! dijo el herido:
El la cabeza me hiere;
Mas tambien, segun se infiere,
Le he roto yo la cazuela.»

*Aquel que no se consuela,
Es solo porque no quiere.*

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

LA LÁGRIMA Y LA SONRISA.

Te ví llorar: una lágrima brillante se apareció en tus ojos azules, y creí ver una gota de rocío sobre una violeta. Te ví sonreír: junto á tí, el záfiro perdería su brillo y no podría igualar esos vivientes rayos de luz que llenaron tu mirada.

Así como las nubes reciben del sol un color

(1) La segunda edición de las fábulas de don Miguel Agustín Príncipe, seguida de un arte métrica castellana, se vende en las principales librerías. Los señores de fuera de la corte que deseen adquirir la obra, pueden girar el importe á don Alfredo Satorres, plaza de la Cruz Verde, 1, principal, y la recibirán á vuelta de correo. Precio, 24 reales en Madrid y 28 en provincias.

armónico y profundo, que las sombras de la tarde que se avanza, no puede casi borrar del cielo; así tu sonrisa presta su pura alegría al espíritu mas sombrío: su claridad deja en pos de sí un reflejo que alumbra de continuo el corazón.

LORD BYRON.

SERENATA.

Cual por entre densas nubes
Rompe la luna brillante,
De oscuros tiempos me surge
Resplandeciente una imagen:
Sobre cubierta sentados,
Rin abajo iba la nave,
Y las floridas riberas
Doraba el sol de la tarde.

A los pies estaba absorto
De una dama hermosa, amable;
Su dulce pálido rostro
Coloraban los celajes.

Sonaban cantos, laúdes;
¡Oh! ¡regocijo admirable
Y era mas azul el cielo,
Y el corazón dilatábase.

Como en un sueño pasaban
Campos, bosques, montes, valles,
Y de la dama en los ojos
Los miraba reflejarse.

ENRIQUE HEINE.

CANTARES.

El diablo por su avaricia
Se condenó y fué al infierno
Y á tí por avariciosa
Te va á suceder lo mismo.

Veinticinco calabozos
Tiene la cárcel de Utrera;
Veinticuatro llevo andados
Y el mas oscuro me queda.

En verdad dos son las cosas
Que el mundo todo gobiernan:
El oro por lo que vale
El amor por lo que cuesta.

Dime, niña, si prefieres
Amarme ó aborrecerme,
Pues mas que tu indiferencia,
Prefiero aborrecimiento.

Son tus ojos dos tinteros,
Tu nariz pluma delgada,
Tus dientes letra menuda,
Tu boca carta cerrada.

En el umbral de tu puerta
Está la luna parada,
Que no la deja pasar
La hermosura de tu cara.

PENSAMIENTOS.

La bondad disimula los yerros; la prudencia los evita; la ciencia los palia; la religion los perdona.

Mabire.

Componer versos malos es egoísmo neto; no dan gusto mas que al autor.

D. Etanville.

La vejez es un tirano inexorable que prohíbe, bajo pena de la vida, todos los placeres de la juventud.

La Rochefoucauld.

El hombre no es original en nada. El hombre no crea ideas, ni siquiera inventa formas; lo único que hace es imitar las eternas y armónicas relaciones que por todas partes le rodean.

Balzac.

Por todo lo no firmado J. GASPAR.
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochoa, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Estranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.